

## ***¿Violento yo...? Una experiencia de trabajo con hombres***

**Por Betty Hernández Becerra  
(Psicóloga. Máster en Desarrollo Social Caribeño.  
Centro de Educación y Promoción para el Desarrollo Sostenible (CEPRODESO))**

(Especial para **No a la Violencia**)

***“Entre tantos tabúes y trabas veo lo forzado  
de una virilidad y una femineidad,  
absolutas y constantes...”***

***Gravinal***

### **Fotografiando las relaciones de género, identificando violencias...**

Detenernos a mirar con los ojos de otros es un ejercicio definitivamente complejo y que mueve mucho las subjetividades humanas. Es por ello que en acciones planificadas desde el Centro de Educación y Promoción para el Desarrollo Sostenible (CEPRODESO) y el Grupo de Reflexión y Solidaridad “Oscar Arnulfo Romero”, organizamos talleres con hombres trabajadores de la Torrefactora de Café en Pinar del Río y nos animamos a abrir un diálogo sobre género y violencia contra la mujer.

Sobre la base de los preceptos de la educación popular, se organizaron sesiones temáticas que le permitieron a un grupo de 15 hombres detenerse a mirar su cotidianidad, vivida habitualmente con tal actitud acrítica, que los debates de lo asumido y naturalizado terminaban en grandes cuestionamientos o grandes silencios que invitaban a pensar.

Al finalizar la experiencia, quedamos provocados por cuánto de desmontaje había detrás de aquellos rostros tan “típicamente” masculinos y detrás de las ideas que expresaron sobre una masculinidad que perciben les garantiza libertad, poder, les permite no tener que dar razones de sus actos, tener el control de las situaciones que viven, sobre todo cuando se trata de las relaciones en pareja, creyéndose con derecho a maltratar sin consecuencias.

Son estas algunas de las razones que, según consideraron los hombres participantes en la experiencia, son parte de los beneficios que les garantiza una cultura machista. Y aunque también ganaron en claridad sobre de los elementos negativos que asumían con tal actitud, llama la atención que solo reconocen los costos negativos que ella trae para el varón en relación con las edades más tempranas y la adolescencia, vistas como período de reafirmación de la masculinidad. Pero la mirada crítica para el sufrimiento en el hombre adulto quedó al margen del análisis.

Resultó interesante, además, comprobar que identificaron como ventajas que el machismo “otorga” a la mujer algunos comportamientos que, según la tradición patriarcal, quedan vedados a los hombres, aunque reconocieron que la mayoría de las consecuencias de este patrón cultural son negativas para ellas.

Así, declararon que “... siento envidia, por cosas que como hombre me criticarían si las hago, sobre todo los más viejos...”, relativas a expresar sentimientos, por ejemplo. “...Hay mil cosas que para nosotros son un problema...”, y recrearon desde

la experiencia de uno de los miembros del grupo hasta dónde sintió seguridades o no con las acciones que debía desarrollar como padre.

La cultura nos marca a todos, lo más positivo que tiene esa marca es la seguridad que nos da lo conocido, pero justamente eso es lo que nos deja inmóviles, resistiéndonos a cambios necesarios, tanto para hombres como para mujeres. Hemos vivido una cultura violenta, la hemos incorporado y hoy nos duele esa realidad, pero necesitamos cambiarla: cómo, cuándo, quiénes, dónde; ahí justamente está el desafío, en la falta de respuesta y en la generalidad de ellas.

Los hombres entrevistados señalaron como negativos los elementos que la cultura ha naturalizado en relación con la violencia, que van desde las incomprendiones hasta los golpes, la privación de que compartan espacios públicos, "...y no estamos pensando solo en nosotros, a los más viejos les ha ido peor, ahí sí había que ser duro todo el tiempo, pobrecitos (silencio) y pobrecitas...", "... aunque en las casas, como vimos en talleres anteriores, queda mucho por cambiar para beneficiar a las mujeres".

Hablar en positivo no es difícil, hablar en negativo de los otros, posiblemente tampoco, pero pensar en lo negativo para nosotros mismos, fue un ejercicio que movió nuevas reflexiones.

Las consecuencias negativas de la cultura patriarcal para estos hombres están más bien relacionadas con las manifestaciones afectivas que les están vedadas por parecer cosas de mujeres, negando incluso hasta un privilegio exclusivamente humano como el llanto. "...Siendo hombres machistas, y lo aclaramos porque no es lo mismo ser hombre que ser machista, estamos muy pendientes de quedar bien con nuestras parejas, lucir siempre con dinero y seguros de todo lo que hacemos..."

Desde la coordinación de los debates se retomaron ideas para provocar la reflexión de hasta qué punto elementos que consideramos beneficiosos, vistos desde otro ángulo, resultan costos de esa manera de proceder exigida desde la cultura.

En ese sentido, reconocieron que la masculinidad hegemónica se ve presionada a cumplir con un discurso y un accionar que los compromete ante los ojos de los otros, ya sean hombres o mujeres, y es este uno de los elementos que provocan impotencia, al no poder cumplir con las exigencias que como hombre se le hacen. Parecería entonces que la violencia, la fuerza, se convierte en la única opción.

Sin embargo, esta certeza fue desmontada al recrear, como parte del diseño de interacción, escenas de violencia contra la mujer, llevando a los hombres a acercarlos a su realidad. De ese ejercicio derivaron conclusiones como: "...no es lo mismo cuando los golpes se los dan a tu vecina que cuando se los dan a tu hija; lo primero es chisme, lo segundo te lleva a matar...", "...hay cosas que uno rechaza más, la violencia a un niño, a una mujer, pero entre nosotros, vengan piñazos, aunque ahora ya la gente no se faja a piñazos, ahora la cosa se complica..."

De hecho, estos hombres asumen que la violencia es un paso necesario en sus vidas, como parte de una socialización de la que también participa el grupo de mujeres: violentarlas los hace lucir fuertes frente al grupo de hombres, "...uno no se puede dejar pasar el pie por una mujer...", pero también frente a no pocas de sus congéneres, reconocieron.

Igualmente, predominó la asociación de la palabra violencia con golpes y maltrato físico, aunque aparecieron referencias a elementos de orden psicológico. En ese sentido, desde la coordinación del taller se propusieron ejemplos de la vida cotidiana que, disfrazados bajo consejos o actitudes educativas, constituyen en sí mismos actos de violencia. Por ejemplo, la devaluación de una persona, la comparación con otra o el silencio.

Entre otras formas de violencia psicológica, el grupo identificó "...la humillación, la burla, los gritos, el rechazo, el castigo no físico pero que implicaba privación de algo".

### **Mirar hacia adentro**

Detenernos a pensar en la violencia nos llevó a repasar nuestras propias vidas, por eso la convocatoria del ejercicio implicó mirarnos por dentro y evocar recuerdos propios, porque es muy difícil que alguien pueda asumir que no ha sido violentado alguna vez en múltiples formas.

Deteniéndonos a problematizar alrededor de por qué los hombres ejercen violencia contra las mujeres, el grupo afirmó que es un elemento cultural, que históricamente se ha asumido incluso como parte de la relación y que para muchos ni siquiera es cuestionado.

La cultura patriarcal refuerza este hecho y en muchas ocasiones lo justifica, "...muchos dicen que a las mujeres les gusta que las maltraten, aunque también es verdad que puede ser por miedo, pero y la policía, ¿por qué no van a la policía?...". "...casi siempre cuando la madre ha aguantado palos, la hija viene atrás en las mismas..."

Cierto es que el acumulado histórico pesa, tanto para hombres como para mujeres en cuanto a lo aceptado y exigido para unos y otras, con relación con la imposición, la sumisión, el uso del poder y también la violencia, siendo el resultado final la naturalización de cada uno de estos fenómenos: "...no pasa nada, no veo nada malo, es una exageración eso..."

Por otra parte, vale pensar también en un círculo de violencia que hace que muchas veces los hombres se sientan poco empoderados en espacios sociales, a partir del creciente protagonismo femenino, y pretendan compensar esta pérdida de poder con un reforzamiento del que consideran que tienen en el hogar sobre la esposa, hijos y sobre todo hijas, a las que se les limita mucho la posibilidad de socializar fuera de casa en diferentes momentos de sus vidas, mientras al varón prácticamente se le obliga a hacerlo.

En consecuencia, como resultado del estudio, consideramos que más que una causa puntual que la justifique, la violencia de hombres contra mujeres obedece a un acumulado histórico que sistemáticamente la legitima. Pensemos, por ejemplo, cuántas veces no justificamos conductas violentas a partir de la ingestión de alcohol -cuántas veces nosotros mismos lo hemos justificado-, cuando la realidad es que el alcohol exagera elementos que son psicológicos y establecidos en el individuo con cierta estabilidad.

### **Sensibilización: un paso necesario**

A nivel grupal, los hombres aceptaron que ejercer violencia no solo denigra mucho al hombre, sino que es la mejor prueba de pérdida de control de la situación que se vive, "...desde niños me enseñaron que así nació, y como machos no nos resultó raro tener padres violentos, profesores violentos, amigos violentos, hicimos lo que veíamos hacer o lo que nos dijeron y hoy decimos a nuestros hijos que es de machos..."

Desde el grupo se rescató, asimismo, la necesidad que insistir en modos de evitar la violencia de los hombres entre ellos mismos, o como parte de la violencia doméstica, implica un proceso educativo para unos y reeducativo para otros, que está aún muy lejos de ser alcanzado. Pero, indiscutiblemente, la fórmula “violencia igual a más hombría” fue cuestionable, al menos para el grupo que participó de los talleres.

Rescatamos del análisis las siguientes ideas básicas, que apuntan a reflexiones encaminadas a aceptar que el uso de la violencia entre hombres y hacia las mujeres es una manera de reforzar su masculinidad, “...desde niños, pelear, defendernos, agredir, es aplaudido por la familia...”, es evidente que tenemos que reconocer los efectos negativos, no solo físicos, que pueden resultar más evidentes, sino también los psicológicos, a los que se enfrentan al tener que responder a un estereotipo, a aspectos esperados en relación con la posición de los hombres, “...cero cariñitos, eso queda para las ositos de los muñequitos, ni pensamos que eso es importante, no creemos que nos hace falta el *chu, chu, chu*, eso es de mujeres y la casa ni hablar, eso es para ellas”, “...y reconozco que yo puedo limpiar la casa, pero no me gusta limpiar el portal, lo reconozco...”

La mirada de otros hombres, sus opiniones, la violencia y las privaciones a las que están sometidos, los hacen estar y parecer más alejados de conductas que implican debilidad, pérdida de poder e incluso homosexualidad.

El costo a pagar por la aceptación de tales generalizaciones es muy caro, y reconocieron que después de “...tantísimos años viviendo así, cuestionar todo lo que hacemos es pesa’o...”

Es indiscutible que pesan responsabilidades y exigencias sobre los hombres que no siempre logran cumplir, no siempre tienen “... todos los dineros para regalar a una novia, para invitarla o sencillamente para compartirlo con los amigos...”, “... o porque no sabemos decir que no cuando una se nos regala...”. Se convierten entonces en un acumulado de frustraciones que explotan contra ellos mismos, contra otros hombres y también contra las mujeres, todos sufriendo: ese es un mal final para una película.

La posibilidad de cambiar es mucho más real y tangible cuando se mezclan saberes y afectos y nos asumimos, como afirma Eduardo Galeano, como seres “senti-pensantes”, cuando cuestionamos lo obvio, cuando los conceptos nos tocan la vida, fue una conclusión de los talleres.

El tema de la violencia de género requiere de visiones y horizontes de futuro nuevos en lo personal y en lo institucional; pues partimos de aceptar que los conceptos y vivencias de sexualidad, identidad, género y violencia han estado constantemente dañados por prejuicios, estereotipos, tabúes y mitos; lo que nos conduce a afirmar que ninguna otra esfera de la vida ha estado tan sometida a angustias y tensiones como esta, y no queremos más esa realidad.